

Adobe

por "Silbador Dalí" – Categoría Adulto

La brisa etérea recorría la azotea haciendo girar la veleta, y aquellos nublos matutinos anunciaban el inicio de la temporada de lluvias de primavera. Oía a masa de galletas, ya que la nave donde las producían se ubicaba cerca. Por mi parte, me faltaba sueño después de esa velada infame, pero las chinas sobre las que me sentaba se me clavaban lo bastante para espabíllarme. Mis pensamientos, en cambio, inhibían todos esos mundanos detalles.

Sentía amargura por mis venas, como un puerco cuya carne se tornaba ácida al darse cuenta de su condición mientras un principiante en la matanza ejecutaba fallidamente su misión. Me consideraba una persona serena, pero los últimos acontecimientos me habían hecho abandonar mi naturaleza racional. Me solía ver como alguien emplazado a metros por encima de los demás, como si ellos fueran un rebaño y yo su pastor ejemplar, pero puede que no fuera tan especial.

Un cuervo nómada se presentó volando y se posó sobre el antepecho. Me miró fijamente, y yo a él. Siempre había tenido respeto por los seres inteligentes, y ese pollazo negro de enfrente podía ser fácilmente más listo que un servidor. Pero mi raciocinio no funcionaba precisamente bien en ese instante. Por algún motivo, sentí desprecio, y estiré mi brazo para alcanzar un ladrillo de adobe que estaba tirado al lado. Seguro que no fui el primero al que se le ocurrió semejante idea brillante, pues el ave graznó y se preparó para despegar elegante. Me levanté e hice un lanzamiento súbito, nada olímpico, que el ojo de Odín esquivó sin desplumarse. Pero el proyectil no se estampó contra nada sólido; cayó al vacío, y en varios segundos hizo ladrar a un can.

Me volví a acomodar y, como si la metafísica me fuese a arreglar los problemas, regresé a reflexionar a mi palacio mental. Sin embargo, empecé a percibir bullicio en la calle apenas medio minuto después. En mi interior, sabía que se debía a mi deficiente precisión; lo más probable es que hubiera acertado en alguna luna que, desde cuarenta metros de altura, habría quedado en una buena factura. Con la nobleza de una maceta, me puse erguido de nuevo y me marché de prisa sin asomarme a comprobar qué había sucedido, en caso de que alguien pudiera avistarme.

Descendiendo por el bloque caí en la cuenta de que, si fuese lo que había sospechado, la alarma hubiese saltado. Tras entrar en mi hogar y ser increpado por nuestro loro majareta, con mi novia ignorándome por nuestras típicas rabietas, oí una sirena. Un escalofrío uliseico surgió de mi tripa y se expandió por conductos de mi cuerpo cuya existencia desconocía. Traté de ser optimista a un tanto por cien, aunque sabía que la había cagado bien. Igual le había dado al perro, pero no se los respeta tanto como para que acuda una ambulancia en su ayuda. Con suerte, creerían que las leyes de Newton habrían arrastrado algún pedazo suelto de la fachada en ese minuto. Luego me acordé de que los CSI hallan al asesino por la hemoglobina de un mosquito que una semana antes la diñó de viejo sobre la espalda de un mono capuchino.

Al llegar el mediodía, las precipitaciones habían comenzado y la tormenta se cernía. Mi subconsciente procuraba restarle magnitud y olvidarlo, pero era inevitable obsesionarse. Mi pareja fisgaba por la mirilla de la puerta tras escuchar a gente subiendo por las escaleras. Me dijo que dos civiles habían visitado el piso de los vecinos mencionando algo sobre una anciana. Como era de esperar, me entró el pánico, así que mi cerebro se volvió a calar. Cogí la cartera y las llaves del sedán, y me largué sin siquiera avisar; después de todo, sólo la inercia nos mantenía juntos, y además, yo era un poco capullo.

Al salir del edificio, milagrosamente sin olvidarme de la mascarilla ni tropezarme con ningún escalón, no había nadie más, quizás por el chaparrón. Sólo vi un ramo de flores, el vehículo de los agentes y unos restos de ladrillo... cerca un charco de sangre. Si el río suena, haz las cuentas. Al cruzar a la acera de delante, sin contemplar la posibilidad de entregarme, mi novia se asomó por la ventana y se puso a gritarme. Me preguntó adónde iba con la que estaba cayendo; sin escrúpulos, yo le contesté que qué le importaba, y ella respondió que me fuese a tomar por culo. Así que allí me dirigí.

Conducía cuesta abajo por una carretera comarcal con el depósito casi vacío, vigilando con afán el retrovisor por si la policía seguía mi pista tras el vocerío. Cualquier pluviómetro indicaría que esto era claramente una mala idea. El coche se deslizó un par de veces, pero, de alguna manera, mis reflejos y músculos endebles me salvaron del deceso. Como si el ruido de los limpiaparabrisas no distrajese ya lo suficiente, encendí la radio y pretendí hallar, sin éxito, cualquier noticiario que comentase los trágicos hechos. Para

sosegarme, escogí un canal que emitía música clásica, puede que también para sentirme menos corto de materia grisácea. Al combinar esto con la poca visibilidad y la noche anterior de desvelada, empecé a dar cabezadas. Sabía que con ese aguacero debía parar, pero el miedo y mi juicio petrificado me hicieron continuar. Dada la reciente racha que llevaba, imaginaba que, de un segundo a otro, un jabalí se me cruzaría delante del morro.

No me di cuenta de cómo pasó, pero al abrir los párpados, ahora con la lluvia más floja y el cielo vespertino, el capó estaba apoyado sobre el tronco de un olivo. Debí dormirme de repente y haber sufrido un accidente. Intenté no moverme demasiado, por si me había fracturado algo, pero al rato me percaté de que la reserva se encontraba a cero y de que el coche ni siquiera se había rasguñado. Supuse que se quedó seco en una recta y poco a poco fue parando. La diosa de los cigarrillos, Fortuna, estuvo de mi lado.

Me noté agobiado, así que abrí la puerta a fin de que entrase aire para espabilarme. Me fijé en que debajo del chasis se había acumulado bastante barro. Eso me recordó a un documental de La 2 sobre el imperio egipcio y cómo usaban el poder de Ra para cocerlo y elaborar adobe. Un pensamiento derivó en otro y, por un momento, creé la imagen mental de un "Ladrillo.pdf" precipitándose a cámara lenta e impactando sobre el cráneo de la reina de la Commonwealth, que casualmente estaba dándose una vuelta por Jaén.

El crepúsculo llegó y la tempestad al fin cesó. Viéndome carente de cobertura y sin tráfico circulando por el lugar, decidí partir en busca de los fluorescentes de algún chalé. Vagué durante una hora, guiándome a duras penas con la linterna del móvil, siendo cada vez más difícil ver por la humedad que emanaba de algún torrente cercano. Seguí avanzando cuando, de entre la espesa neblina, brotó la luz de un edificio que se manifestó como un faro de espejismo. Me acerqué al oasis y vi que era un bar, así que entré a reposar.

Ya dentro, la temática del antro dejaba entrever que Franco les parecía un hippie. Los otros dos clientes no parecían muy amables, pero disfrutaban de unos embutidos que despertaron mi envidia, por lo que pedí unas tapas antes de llamar a la grúa con el fijo. Tras catar el mejor lomo y salchichón de mi vida, el posadero me contó que era producto la zona, cocinado con un fogón de adobe. No pude evitar sentirme mal. Le pedí que quitara el fútbol y pusiera las noticias en el televisor, donde pude conocer ya a la abuela y su destino.

Efectivamente, una señora murió violentamente yendo a ver a su hijo, que vivía en el piso contiguo al mío. Aunque por lo que detallaron, técnicamente no fui el homicida involuntario, sino su mastín italiano. Parece ser que el animal se inquietó y dio vueltas, pues la encontraron con las piernas enredadas con la correa; esto llevó a que perdiera el equilibrio y cayera hacia atrás, abriéndose la nuca contra unos trozos de ladrillo esparcidos por el camino.

Fue un alivio, y solté una risa fugaz que incomodó a los demás. ¿Habría sobrevivido si no hubiera intentado lapidar al cóvido? Yo no saldría en periódicos, así que eso ya daba igual. No era culpable directo y no me podían enjuiciar, así que la pesadilla se acabó al final. Para celebrarlo, me arrimé a la Sinfonola decrepita y eché unas monedas para invocar a Raphael; después, me topé con “My Way” de Frank Sinatra y practiqué un rato mi inglés.

La situación me hizo pensar en dejar ese tedioso oficio burocrático en el que me hallaba, pues tanta lógica y conjeturas me estaban haciendo perder la cordura; un pueblo sería la solución. No sería fácil subsistir vareando olivos o siendo un apicultor, y mis estudios habrían sido en vano, pero a veces lo más sencillo es lo mejor. No obstante, en un instante, me desplomé en el bar.

Al despertar, me encontré atado de pies y manos en un sótano que olía a putrefacción. Grité para pedir auxilio y bajó el anfitrión. Me hizo comprender que solían usar género local, pero que en ocasiones admitían importaciones.

Permanecí un tiempo allí, siendo cebado y sazonado con ostras como un marrano romano. Tardé, pero acepté mi sino, porque esto no era albedrío. La física impidió que pereciera en la cuneta, pero mi avaricia y falta de voluntad me habrían forzado a seguir en ese cargo y no irme al campo; esto, junto con mi vacua relación sentimental autoimpuesta, fruto de trastornos psicológicos e incontables presiones sociales, me habría hecho terminar tomando medicación, lo cual no sería distinto a vivir en una prisión. Seguramente fallecería en un lustro por el filo de una *Pringle* mal masticada que me rajaría el esófago de forma inoperable, dándome una muerte lenta y deleznable. Mis atardeceres caducos se consumirían contemplando algún programa de Mediaset, criticando a todo el mundo para hacer, cómo no, el máximo daño por doquier.

Mi San Martín llegó, ya que en el fondo, tanto por inmadurez como por un 90% de ADN, no era más que un lechón. No me resistí y logré algo bueno al fin, pese a que sólo fuese para unos pocos: ser el mejor lomo adobado del año.